

en sus alumnos un deseo sincero de conocer la verdad, y abrazar la virtud. Cuando encontraban ingenios curiosos y elevados, empleaban las ciencias humanas para prepararles á la verdadera filosofía. Véase como Orígenes instruyó á san Gregorio Taumaturgo.

Respecto de los fieles, se les enseñaba la doctrina de la Iglesia precautionándoles, y fortificando su fe contra las heregias, y dándoles reglas para la conducta y correccion de las costumbres. Esta es la materia de todos los sermones de los PP. la moral y las heregias del tiempo. Sin esta clave no se les puede entender por la mayor parte ó á lo menos son poco agradables. Y esta es una de las utilidades considerables de la historia Eclesiástica; porque cuando se refieren las heregias que reinaban en cada tiempo y pais, se ve tambien por qué los padres convenian siempre en ciertos puntos de doctrina, lo cual les obligaba frecuentemente á dejar el sentido literal de la escritura para seguir el sentido figurado, moral ó alegórico; pues ellos no elegian las lecciones, estando éstas ordenadas, segun el curso del año, en la misma forma que hoy con poca diferencia; pero sa-

bian traer lo que juzgaban mas útil para la instruccion de su rebaño

Cuando disputaban con los hereges insistian en el sentido literal, ó si seguian alguno figurado, era porque convenian en él sus adversarios; lo cual hace tan útiles estos libros de controversia, para ver el verdadero sentido de la escritura y el dogma preciso de la Iglesia, porque todo el que tenia el nombre de cristiano, hacia profesion de no fundarse sino sobre la escritura, sacando de élla los hereges sus objeciones y los católicos sus respuestas. Ya lo hemos visto en toda esta Historia; y en los extractos de doctrina que he insertado en élla, he cuidado principalmente de referir los pasages alegados de una parte y otra. Fuera de esto los PP. rara vez movian cuestiones sobre puntos de religion, contentándose con resolver las que les eran propuestas, sin excitar alguna nueva; reprimian con cuidado la curiosidad de los espíritus ligeros é inquietos, y no permitian á todos que disputasen sobre estas materias. Véase lo que dice sobre este asunto san Gregorio Nacianceno, y las disposiciones que pide á los que han de hablar de teología (a).

(a) Or: 33.

El que haya leído con atención, no digo las obras de los PP. sino lo poco que de ellas he extractado en esta historia, no podrá, á mi parecer, dudar ni de su ciencia ni de su elocuencia. Cuando se tomase el nombre de ciencia impropia, como vulgarmente se hace, nombrando sábios á los que por su mucha lectura han adquirido el conocimiento de un grande número de hechos; los antiguos no estaban faltos de esta especie de ciencia, ó mas bien erudicion ¿Cuánto se halla de ella en san Clemente Alexandrino, Orígenes, Eusebio Cesariense, y san Gerónimo? ¿cuántos hechos históricos, cuántos poetas historiadores y filósofos nos serian desconocidos sin ellos? Desde la infancia tenian en las manos estos autores, cuya tinta está esparcida en todos sus escritos; de suerte que para entenderlos bien, es menester estar versado en la antigüedad profana.

Es verdad que estudiaban poco las lenguas extrangeras; los griegos se limitaban á su lengua natural, los latinos al griego, y se notaron como prodigios los trabajos de Orígenes y san Gerónimo para aprender la lengua hebrea. Pero es menester considerar que los doctores

de la Iglesia eran pastores muy ocupados en instruir, corregir, juzgar las diferencias y asistir á los pobres. San Agustín gemia con el peso de sus obligaciones, y si habia alguna intermision, la empleaba en la oracion ó meditacion de la escritura antes que en estudiar lenguas ó confrontar exemplares para restituir algun pasage obscuro de ella. Estas ocupaciones convenian mas á un solitario como san Gerónimo. Fuera de que los santos no estudiaban ni para satisfacer su curiosidad natural, ni para captarse la admiracion que excita en los ignorantes el conocimiento de cosas raras. Eran muy superiores á estas puerilidades. Véase entre otras la carta de san Agustín á Dioscoro.

Pero si buscamos lo que propiamente merece el nombre de ciencia ¿dónde la hallarémos mejor que en los PP. Digo esta verdadera filosofia, que sirviéndose de una exácta dialéctica, se remonta por la metafisica hasta los primeros principios, y al conocimiento del verdadero bien, para deducir de ellos por consecuencias seguras las reglas de las costumbres, y hacer á los hombres firmes en la virtud y dichosos

cuanto pueden serlo en esta vida. ¿Quién puede en esta parte compararse con san Agustin? ¿qué ingenio mas elevado, mas penetrante, mas metódico, mas moderado? ¿Quién ha puesto principios mas claros, ó sacado mas consecuencias ó mas bien seguidas? ¿ha tenido alguno pensamientos mas sublimes ó reflexiones mas sutiles? Quien no le admira, nada le quita; pero se hace asimismo agravio, mostrando que no tiene idea de la verdadera ciencia. Entre los griegos se ve esta misma filosofía sutil, sublime y sólida en los libros de san Basilio contra Eunomio, en algunas cartas en las cuales refuta los sofismas de Aecio, en los discursos de san Gregorio Nacianceno sobre la teología y en los tratados de san Atanasio contra los paganos y arrianos. Los que han considerado un poco la diferencia de los climas, no se admirarán que se hallasen tan grandes espíritus en África Grecia, Egipto y Siria.

Por lo que mira al método, los antiguos no lo descubrieron sin necesidad, y le diversificaron segun los asuntos; pues no escribían sino para responder á alguno que pedia instruccion, ó refutar á algun herege. Así no seguían

de ordinario el método geométrico, que se ciñe á solo el orden de las verdades en sí mismas, sino el método dialéctico, que se acomoda á las disposiciones de aquel á quien se habla, y es el fondo de la verdadera elocuencia; pues élla trabaja en quitar los obstáculos que las pasiones ó preocupaciones han puesto en el espíritu de los oyentes: despues preparados los ánimos procuran introducir la verdad, aprovechándose de lo que conocen les conviene para reducirlos á lo que se quiere persuadir. Este es el método del cual Platon nos ha dado tan perfectos modelos.

No hay que imaginarse que los PP. fuesen menos elocuentes por no hablar el griego y el latin tan puramente como los antiguos oradores. San Pablo hablando un griego medio bárbaro, no deja de probar, convencer, mover, ser terrible, amable, tierno vehemente. Conviene distinguir la elocuencia de la elocucion, que no es sino la corteza. En qualquiera lengua, y de qualquier modo que el hombre hable será elocuente si sabe elegir las mejores razones y ordenarlas bien: si emplea imágenes vivas y figuras convenientes, el discurso no será menos persuasivo aunque

Tom. I.

XVI.
Elocuencia
de los PP.

menós agradable. No se deben comparar los PP. si se les quiere hacer justicia con Demóstenes y Ciceron, que vivieron tantos siglos antes: sino con los escritores sobresalientes de su tiempo, san Ambrosio con Symmaco, san Basilio con Libanio. ¿Qué diferencia se halla entre ellos? Que sólido y natural es san Basilio, y que vano, afectado y pueril Libanio.

Es verdad que san Crisóstomo no es tan conciso como Demóstenes, y que muestra mas su arte; pero en el fondo su conducta no es menos prudente. Sabe cuándo conviene hablar, y cuándo callar, y qué movimientos se han de calmar ó excitar: véase cómo obró en el negocio de las estátuas. Estuvo al principio siete dias en silencio durante el primer movimiento de la sedicion, é interrumpió la continuacion de sus homilias quando llegaron los comisarios del emperador. Cuando comienza á hablar no hace otra cosa que compadecerse del dolor de este pueblo afligido; y espera algunos dias para volver á la explicacion ordinaria de la Escritura. En esto consiste el grande arte del orador, y no en hacer una transicion delicada, ó una prosopopeya. Así quando san A-

gustin quiso abolir los agapes, de que se abusaba, predicó dos dias continuos muchos sermones; y creyó no haber hecho cosa alguna mientras que no oyó sino aplausos; pero tuvo esperanza de lograr su intento luego que vio correr las lagrimas, y no cesó hasta conseguir lo que deseaba. Así san Ambrosio, perseguido por Justina consoló a su pueblo, le animó y mantuvo en su obligacion. Sabe proporcionar su discurso al asunto, al tiempo y á la disposicion de los oyentes.

Los antiguos definieron al orador, diciendo era un hombre virtuoso que sabia hablar. En efecto, la confianza hace la mitad de la persuasion: el que tiene fama de malo y artificioso, no es escuchado; se desconfia de aquel que no se conoce: para escuchar con voluntad, es menester creer al que habla igualmente instruido y bien intencionado. Despues de esto ¿qué no debian persuadir obispos de una virtud tan probada, de una capacidad tan conocida, y de tal autoridad? No necesitaban hablar sino presentarse al público ¿Y quién les podría resistir quando á esta autoridad juntaban una aplicacion continua á remediar las ne-

cesidades de su pueblo, y una industria singular para ganar los corazones?

XVII.
Necesidad
de estudiar
la antigüedad.

Debemos, pues, dar á Dios infinitas gracias de que nos haya conservado este precioso tesoro, estos escritos de los PP. donde hallamos el fondo de la doctrina, la manera de enseñarla, las reglas y exemplos de la disciplina y costumbres. ¿No es un milagro de la Providencia que tantos escritos hayan venido hasta nosotros, despues de trece ó catorce siglos y de tantas inundaciones de pueblos bárbaros, tantos saqueos é incendios, á pesar del furor de los infieles, la malicia de los hereges y la ignorancia y corrupcion de los cinco ó seis últimos siglos? ¿No es esta Providencia la que cerca de trescientos años ha escitado tantas personas piadosas ó curiosas á buscar todos los restos de esta antigüedad, y á estudiar las lenguas muertas? ¿quién ha hecho hallar á los griegos oprimidos por los turcos asilos favorables en Italia y Francia, y ¿quién, al mismo tiempo ha hecho inventar la imprenta para conservar para siempre tantos libros salvados del naufragio?

No se puede dudar que Dios nos pe-

dirá una cuenta muy estrecha de esta obligacion, particularmente á los eclesiásticos. El estudio de esta santa antigüedad debe ser la ocupacion de nuestra ociosidad ó de los intervalos de nuestro trabajo. Bien sé la causa por que ordinariamente se abandona este estudio: se cree que es interminable y poco necesario, y para ahorrar tiempo y trabajo se lee algun autor moderno, que haya recogido de los antiguos lo que es mas conforme y acomodado á nuestros usos y costumbres. Pero nadie se engañe: ninguno de estos modernos hace conocer la antigüedad como élla es en sí: cada uno aun sin pensar en ello añade algo de su cabeza y mezcla las preocupaciones de su país y de su tiempo, fuera de que muchos de los modernos, aun los mas estimados, no han comprendido como se debe la antigüedad, y sus obras estan llenas de un gran número de divisiones y cuestiones escolásticas que no enseñan el fondo de estas cosas. Y en quanto á lo que se dice que es menester conformarse al uso presente, esto es verdad respecto de las prácticas expuestas á los ojos del público como las ceremonias del servicio divino, y las formalidades

judiciales; pero cada particular puede y debe esforzarse á vivir mejor que comunmente se vive, so pena de ser envuelto en el torrente de la corrupcion general. Lo mismo digo de los estudios, pues sin reformar los que son públicos, cada uno puede seguir el método que le parezca mejor

Pero si queremos penetrar en el fondo de nuestro corazon, tememos á la antigüedad, porque élla nos propone una perfeccion que no queremos imitar. Decimos que no es practicable, fundados en que si lo fuese, sería una sinrazon estar tan distantes de élla: apartamos los ojos de las máximas y ejemplos santos porque son una reprension continua de nuestra disolucion. ¿Pero qué ganamos con esto? Estas verdades y ejemplos no dejarán de ser lo que son porque pensemos ó no en ellos; de nada nos servirá ignorarlos, pues estando tan advertidos, nuestra ignorancia será inexcusable. Al contrario, si tenemos aliento para estudiar esta santa antigüedad y manifestarla á los demas de manera que la entiendan, bien podemos prometernos que al fin nos avergonzamos de vernos tan distantes, y que con el socorro de la gracia hagamos al-

gun esfuerzo para acercarnos. La experiencia de lo pasado debe animarnos. ¿Quánto se ha restablecido la disciplina de la Iglesia de un siglo á esta parte con los reglamentos del concilio Tridentino, los trabajos de san Carlos, la institucion de los seminarios, y tantas reformas en las órdenes religiosas? ¿De dónde han venido todos estos bienes sino del estudio de la antigüedad? y ¿qué no podremos esperar nosotros si seguimos estos grandes ejemplos?

Pero á fin de que este estudio no sea infinito, y por consiguiente inútil, es preciso usar de eleccion y hacerlo con orden. Conviene consultar á los que han leído mas la antigüedad eclesiástica para tomar de ellos lo que nos conviene, conforme á la capacidad de nuestro entendimiento, y la necesidad de nuestros empleos. Es menester que este estudio sea sério y cristiano. Guardémonos de la curiosidad y vanidad, y de querer manifestar que hemos leído mucho, y descubierto el sentido de algun pasage ó desenterrado alguna antigüedad. No busquémos en los PP. ni pensamientos brillantes ni palabras pomposas, ni estos floridos pasages de que en algun

tiempo se vestian los discursos y oraciones. Busquemos en ellos el verdadero sentido de la escritura, las pruebas sólidas de los dogmas, y las reglas seguras de la disciplina y de las costumbres: el método de convertir á los infieles y impugnar á los hereges, el arte de gobernar las almas, las vias interiores y la verdadera piedad. Y todo esto no para discurrir sobre éllo: sino para reducirlo á práctica

Estudiémos principalmente su prudencia y discrecion para acomodarnos al estado presente de las cosas, y no hacer odiosas sus santas máximas sacándolas de su quicio ó aplicándolas fuera de sazón. Evitémos la impaciencia y precipitacion. Para restablecer bien la antigüedad era menester ponerla en práctica toda élla: una parte sin la otra no tendrá proporcion con el resto, y parecerá dislocada. Apliquémonos al principio á lo mas esencial; esto es, á reformarnos á nosotros mismos mediante una grande y fervorosa oracion, y arreglar nuestro interior y las costumbres. Despues comuniquemos á los otros las verdades que Dios nos haya hecho conocer, sin disputas, sin acrimonia y sin reprehensiones. Practiquémos los primeros lo que

creemos que es mejor y depende de nosotros. Orémos con frecuencia y con fervor, esperando con paciencia que Dios adelantará su obra cuando sea su santa voluntad. Estos son los mejores medios de hacer que sea útil el conocimiento de la historia Eclesiástica.



DISCURSO III.

Sobre la irrupcion de los Bárbaros, decadencia de las ciencias, de la disciplina y de las costumbres desde el siglo sexto hasta el oncenno.

Pasaron ya los felices dias de la Iglesia; pero Dios no ha desatendido su pueblo, ni olvidado sus promesas. Mirémos con temor las tentaciones que ha permitido padezca su Iglesia durante los cinco siglos que siguieron á los seis primeros; y considerémos con accion de gracias los medios que ha empleado para sostenerla. Estos